

CRÓNICA

VERÓNICA LÓPEZ GARCÍA

La vista de edificios altos, tejados, fábricas, algunas ventanas abiertas, otras clausuradas por cortinas, balcones, rótulos coloridos de metal y el elemento infaltable en los versos de Sabina: un anuncio de neón que dice Hotel. Eran las 21:00 horas, la escenografía de azotea estaba iluminada y lista, la gente seguía llegando a tomar sus lugares. Joaquín Sabina y su infaltable bombín aparecieron juntos, entonces el ambiente se tornó completamente nocturno mientras se escuchaban los acordes de la famosa y lejana canción alemana "Lili Marlen". Luego vino la voz gastada y áspera. Algunos grupos de gente que entraban tarateando "Tiramisú de limón" y "viudita de Clicquot", no tardaron en sentirse dentro de ese horizonte de noche y ciudad.

Un niño con cara de viejo

"Uno canta siempre la misma canción, escribe la misma canción, busca, rumia siempre la misma canción", Sabina repetía mientras sus músicos se preparaban para interpretar "Ganas de", la pieza que se convirtió en el disparador que encendió el ánimo y todas las voces en el Auditorio. Los asistentes al concierto acuden como quienes van a una fiesta repetida y ritual, pero esporádica. Por ello visten el traje adecuado, preparan la voz, animan y sacuden la nostalgia de las últimas décadas del siglo XX. Joaquín suma 61 años, su vida y sus letras cantan los excesos, el despertar erótico en la torpe adolescencia, las fallidas historias amorosas, la imposibilidad de la dicha en la decencia. Hoy recupera la música desde las esperanzas inútiles de los viejos que aún dicen enamorarse. Y ahí está su público, aplaudiendo al flaco, al gastado niño con cara de viejo que le sigue llorando al recuerdo de un par de medias negras.

Sabina se acompaña de cinco músicos y la andaluza Marita, la corista que hace de La Magdalena, de la sensual mujer que le abandona, que le canta, que le llora y a quien hace sufrir. También estaba el infaltable Pancho Varona, músico y compositor no sólo de Sabina, sino también de la cantante Ana Belén y del singular grupo español Estopa. Fiel escudero de Joaquín, en esta ocasión Varona interpretó una versión encendida de "Esta boca es mía", una de las canciones más lacrimosas y esperadas de la noche, que a ritmo de rock, convirtió la sensiblería en baile.

► Sabina, viejo cachondo.
Foto: José María Martínez

El viejo del bombín

Joaquín Sabina se dejó amar por sus hordas en el Auditorio Telmex. En una visita repleta de polémicas, el músico se limitó a destapar el corcho a la botella de las musas... una vez más



concierto

Un buen bolero de espíritu *punk* "Con Chavela Vargas comparto tres cosas en la vida: los dos hemos sido muy borrachos, muy mujeriegos y ahora ya estamos muy retirados". Así presentaba Sabina la canción "Por el boulevard de los sueños rotos", mientras la gente gritaba de pie. Efectivamente ambos personajes refieren una vida intensa, sin límites, una posición rebelde, irreverente y en algunos sentidos contestataria. Ahora, esa actitud en ambos personajes ya está matizada por las canas, por las canciones compartidas con Felipe

Calderón, por la acelerada visión con la que dejaron atrás la juventud, pero, parece, no con las ganas.

Si bien entre el público se encontraban algunos veinteañeros, la inmensa mayoría estaba formada por asistentes que han dejado atrás los treinta. Entre las butacas, en los pasillos, entre quienes pedían una cerveza, un vodka o un whisky se respiraba la nostalgia de unos años que, aunque lejos de la movida madrileña, también de este lado se vivieron con locura, con dosis importantes de excesos, pero también de

activismo, de compromiso social, de mucha fiesta y de la popularización del látex. Grandes grupos de mujeres maduras hacían pensar en el espíritu *punk* de la película *Pepi, Lucy y Boom* de Almodóvar, mujeres que entrarían en la categoría que la cantante Alaska, quien encarnaba a Boom, clasifica como "cuarentonas y blanditas". Ahí estaba el público de Sabina, quienes lo consideran cómplice de los amaneceres de resaca, de cruda moral, de la angustia que se vive por las lagunas de la memoria, esas que aparecen a la mañana siguiente. También a Sabina se hace testigo de los insomnios del desamor, de la rabia del despecho, también de la estúpida e ingenua felicidad que producen los primeros síntomas del enamoramiento y la esperanza gozosa de la infidelidad.

Las musas follan con Serrat

Las canciones, dice Sabina, necesitan un poco de madrugada. El auditorio a todo decía que sí, al mínimo guiño del cantante respondía con aplausos, con gritos, hubo quien hasta, al más puro estilo palenquero, le arrojó un brasier. Atrás quedaron las noches de espacios abiertos y encendedores, ahora las luces de los celulares complementan la ficción. El cantante explicaba cómo "la estabilidad de la vida conyugal estorba para escribir canciones, para hacer de una vida algo interesante, las musas no vienen, todas follan con Serrat". Entonces un amigo en desgracia y la ciudad de Praga se convirtieron en los ingredientes que permitieron cocinar *Vinagre y rosas* su último disco. Luego de dos horas y media, la gente salió entusiasmada por la música, por el viejo del bombín y por algunos tragos. Para volver a ver a Sabina y a escuchar sus canciones, nos sobran los motivos. *